

DEL GEN A LA GENIALIDAD: LA DIGNIDAD DE TODO CUERPO HUMANO

Pablo López López, I.E.S. Caballero Bonald, Jerez de la Frontera

Resumen: Las preguntas claves sobre el cuerpo humano conducen a una comprensión de todo el ser humano. Una orientación básica sobre el cuerpo nos llega de las raíces que lo nombran. Desde tal base contemplamos la esencia del cuerpo humano, simultáneamente unitaria y rica en dualidades dialécticas. Tal flexibilidad en el desarrollo humano nos permite apreciar la dignidad de todo cuerpo humano. Él es digno desde que se diferencia por su genética y autonomía de crecimiento como unidad humana completa hasta que, en el despliegue de su libertad, puede alcanzar la genialidad. El humano posee la misma dignidad desde el gen hasta la genialidad: la dignidad humana. Su descubrimiento puede seguirse en el estudio de las principales fuentes de las culturas heleno-cristianas.

Abstract: The key questions about the human body lead to an understanding of the entire human being. A basic orientation about the body comes from the roots of its different names. On this basis we behold the essence of the human body, unitary and rich in dialectic dualities at once. Such flexibility in human development lets us appreciate the dignity of all human bodies. Their dignity begins with their differentiation in terms of genetics and autonomy of growth as a whole human unity. Then it spreads up to the unfolding of their freedom and eventual geniality. Human beings possess the same dignity from the gene up to geniality: human dignity. Its discovery can be recognised in the study of the main sources of Hellenic-Christian cultures.

1) *Las Preguntas del Cuerpo*

¿Cómo se nombra?, ¿qué es?, ¿cómo se ha considerado?, ¿cuál es su valor? Estas cuatro son preguntas fundamentales, iniciáticas, sobre el cuerpo humano. Abren un horizonte tan amplio, que prácticamente vienen a plantear qué es el ser humano. *Lo que digamos sobre el cuerpo humano y su valor, orienta de modo decisivo nuestra comprensión y valoración de todo el ser humano*, se admita o no un elemento espiritual en nuestra especie. Y de nuestra valoración del cuerpo humano se seguirá nuestra *acción* con respecto al ser humano.

Las cuatro preguntas están íntimamente aliadas. Forman un bloque, un «cuerpo», que da cuenta de la unidad del cuerpo humano. Las palabras que lo nombran, son más que vocablos: expresan hondas concepciones culturales sobre el ser y el valer del cuerpo. Preparan así las diferentes formas de visión y valoración del cuerpo. Éstas, a su vez, iluminan el valor propio del cuerpo. El valor real del cuerpo es inseparable de lo que es el cuerpo, que es un ser en desarrollo. El cuerpo vale por lo que es: por lo que ya es y puede llegar a ser.

Por la complejidad y la profundidad del cuerpo su valoración es delicada. Da lugar a variadas posturas. Admitamos una intersubjetividad en nuestra aproximación al cuerpo,

pero no un subjetivismo caprichoso. En todo caso, el conocimiento de lo que es el cuerpo humano, tan sumamente evolutivo, se clarifica al contemplar su surgimiento, su aparición y desarrollo inicial. *Su esencia, su desarrollo y su valor, partiendo de diversas valoraciones y nombres, vienen a constituir una única cuestión: la de la verdad y la belleza global del cuerpo humano.* Así encauzamos la verdad y la belleza de todo el ser humano.

2) Las Palabras del Cuerpo

¿Con qué palabras se ha concebido el cuerpo humano?. Sabemos que nombrar algo es mucho más que asignarle un sonido articulado. Ante todo consiste en concebirlo a partir de una raíz consonántica que contiene una perspectiva del mismo. *El nombre es la palabra o «logos» que designa desde una concepción, desde un discurso o perspectiva.* Luego, la concepción consonántica se moldea y matiza según la eufonía. El nombre es voz y pensamiento, música y «letra», corazón y razón a la vez. *La palabra, máxima expresión e identidad del ser humano, también es cuerpo, en su sonido, y alma, en su significado.* «Nomen» comparte raíz con «ánima». El nombre («nomen» en latín, «onoma» en griego) es norma o ley («nomos» en griego) de la realidad designada. Es el sustantivo, el que manifiesta una sustancia. El nombre es ante todo el hombre («hominis», genitivo de «homo»). «Nomina sunt omina» (los nombres son los destinos), decían los romanos. Nuestro uso del nombre puede ser torpe o manipulador, pero la concepción poética inicial del pueblo es certera. Sobre todo, si es un pueblo que marca una pauta en la historia, como los pueblos judío, griego, romano y germánico.

Estudemos, pues, con el debido detenimiento las principales palabras que para cuerpo humano ha creado nuestra cultura, de origen heleno-cristiano. En hebreo los judíos dicen «cuerpo» con la palabra «basar», carne. Conciben el cuerpo como carne, es decir, como algo vivo, animado, con alma. Parten de la noción de tejido muscular y llegan a expresar con este término todo el cuerpo y hasta todo el ser humano. Tal ampliación es sencilla, puesto que no contraponen carne o cuerpo y alma. La misma noción de alma, «nefes», surge de un órgano, la garganta, en cuanto emisora de hálito, aliento vital, soplo de vida. «Carne» y «alma» vienen a ser términos intercambiables para designar al ser humano. Ambos convergen y destacan por su vitalidad sutil e intrínseca. Ambos son asiento de ideas y sentimientos. También descuellan como elementos corporales representativos de todo el ser humano el hueso («esem»), lo más duro del humano, y el corazón («leb»). Asimismo, éstos son sede de pensamiento y sensaciones, están animados. *Los judíos no conciben el cuerpo humano si no es con alma, vida propia e interior, con ideas y sentimientos.*

«Soma» en el griego bíblico, del Antiguo y del Nuevo Testamento, mantiene esta noción y con frecuencia quiere decir «carne». A veces, en cambio, como elemento mortal se contradistingue respecto del alma o espíritu, elemento inmortal. Ahora, la palabra que directamente en griego neotestamentario recoge la noción de carne como expresión del cuerpo, es «sarks». Se distingue por sus sentimientos y designa al entero ser humano. No deja de ser una parte del cuerpo y del ser humano. Pero, dada la unidad de éste y lo significativo de la carne, si se nombra la carne, se nombra el completo ser humano. También en este término se destaca *la sensibilidad o sentimentalidad del cuerpo y la unidad del ser humano por encima de sus distinciones internas.* Los textos que contraponen la debilidad de la carne frente a la fortaleza del espíritu, no lo hacen por un pesimismo

sobre la carne o por un dualismo maniqueo. Tan sólo rechazan la pérdida de unidad o armonía cuando la carne se desentiende del espíritu.

La palabra griega «*soma*» significa, en general, «cuerpo». La acepción básica puede tomarse en el sentido del cuerpo como mera unidad material o apariencia externa, llegando a significar «cadáver», «esclavo», materia u objeto tangible. No implica vida propiamente humana. «*Somaskeo*» significa «ejercito el cuerpo»; «*smao*», «frote», «limpio» (otro ejercicio corporal). «*Simos*», traducible por «chato», «romo», «pendiente», «montuoso», enfoca la redondez material del conjunto y la unidad de un cuerpo. Desde tales acepciones concretas «*soma*» se abstrae para indicar «conjunto», «punto capital», retomando así su sentido ontológico. Como realidad importante y cuerpo ofrecido, «*sima*» significa «sacrificio religioso», «ofrenda sacrificial». En esta línea de significar algo importante o llamativo, «*sema*» indica «señal del cielo», «portento», «señal de sepultura», «túmulo», «contraseña», «divisa». De ahí, el concepto de «semántica». El significado básico alcanza un sentido pleno que incluye lo interior, indicando «vida», «persona», «hombre», «individuo». Es una raíz de profunda carga vital, como recuerda el latino «*semen*». Es, ante todo, una de las raíces indoeuropeas de «*ser*» («*asmi*» en sánscrito): el cuerpo es el ser por excelencia, en tanto es el ser inmediato, el de los sentidos, el más sentido o significativo. El cuerpo es la unidad de sensación y percepción. El ser se concibe como cuerpo, como signo. Y signo del ser es la unidad. Por ello, nada extraña que la raíz de «*soma*» descienda de la indoeuropea «*sem*», «*uno*». Ésta no se entiende como unidad aislada o uniforme. Precisamente se concreta también significando «con», «juntos». El cuerpo unifica, individualiza y, a la vez, acompaña, congrega.

En definitiva, *el cuerpo concebido como «soma» es la prominente unidad orgánica, signo principal de algo portentoso*. En esta línea, *el cuerpo humano es el cuerpo, el signo y el ente por antonomasia*, como tantas veces se sobreentiende. Ya decíamos que el cuerpo humano y todo el humano es palabra, palabra de hondo significado. Somos «*soma*», somos signo.

En latín, que nutre las lenguas romances, «*corpus*» es la sustancia material orgánica, la unidad o conjunto de un todo organizado, lo esencial o sustantivo de algo, la persona o individuo. Desde este sentido netamente antropológico llega a la paradoja ya advertida en «*soma*», la de poder significar «cadáver» o bien «alma» (principio de vida). En realidad, el cuerpo humano puede encontrarse muerto o vivo, «des-animado» o «animado». Incluso el cadáver sostiene una referencia a la vida, si bien perdida, que es imposible para un mineral. Así pues, «*corpus*» mantiene una estrecha cercanía semántica con «*soma*». *Al igual que en griego, el cuerpo en latín se concibe como unidad, organicidad, vitalidad, sustantividad e importancia central, y es, por excelencia, el cuerpo humano. Lo unitario, orgánico, vital, sustantivo y principal es ante todo el cuerpo humano y, por tanto, el ser humano en sí, del que es signo incomparable.*

A «*corpus*» («*corpos*» en latín arcaico) se llegó anteponiendo la «*r*» por metátesis y convirtiendo la «*t*» en «*p*». Otras palabras latinas y romances conservan la raíz originaria o casi originaria de «cuerpo»: «*crater*» («*cráter*»), «*cratera*» («*copa*»), «*cratis*» («*canasta*», «*escudo*»), «*catre*», «*cuadro*», «*cuatro*», «*cadera*», «*cohorte*», «*corte*», etc. La idea común y básica es la de «continente», «envolvimiento», «comprensión». «*Corpus*» y las palabras de igual raíz provienen de la raíz indoeuropea «*gher*», que en diferentes lenguas se concreta en «*casa*», «*redil*», «*círculo*», «*cercado*». En fin, desde tiempos primigenios, *el cuerpo se entiende como continente, albergue protector de algo, como «carpa» que envuelve algo más, algo interior. Es signo de su contenido.*

Dentro de las lenguas germánicas el término inglés «*body*» coincide en su concepción y aplicación con «*corpus*». Expresa la sustancia orgánica, viva o fallecida, el tronco o parte principal de algo, una masa diferenciada, una unidad o conjunto de cosas. «*Everybody*» se refiere a todas las personas, no a todos los cuerpos en general. De nuevo, se parte del aspecto externo y material, común a lo no humano, y se culmina identificando al ser humano. *Lo sustantivo, lo orgánico, lo vivo, lo principal y unitario por excelencia es el ser humano. Se confirma que el cuerpo por excelencia es el humano.*

En un plano más abstracto, «*body*», al igual que «*soma*», se remonta a una raíz de «*ser*». Se trata de la raíz indoeuropea «*bheud*» («*ser*», «*existir*», «*crecer*»), que según distintos idiomas se concreta en «*ser*», «*naturaleza*», «*tierra*», «*hacerse*», «*hombre*», «*beneficio*», «*habitar*». *El cuerpo («body») es por excelencia ser, al resultar la tierra, que sostiene y contiene al hombre, su habitación o hábitat propio, creciente y benéfico.*

El alemán «*Leib*» dice «*cuerpo*» a partir de la idea de «*vientre*», «*abdomen*». Justamente «*Leber*» es «*hígado*». Algo tan vital e interno resulta «*vida*» en «*Leben*». «*Liebe*», «*amor*», también es sumamente vital e íntimo. «*Laben*», «*refrescar*», «*recrear*», y «*Loben*», «*alabar*», «*elogiar*», mantienen la noción positiva de revitalización. La idea básica de víscera sugiere un remoto vínculo con el hebreo «*leb*», «*corazón*», tan relacionado con el amor. En todo caso, la raíz originaria es la indoeuropea «*leubh*» («*amar*», «*desear*»), que resalta partes interiores eminentes. Éstas, a su vez, destacan por albergar una vida interior de sentimiento. El cuerpo es visto como *continente de continentes de algo espléndido*. En conjunto, resalta en esta raíz germana *la pura vitalidad, la gran interioridad y la centralidad sentimental del cuerpo humano*. Para «*cadáver*» se usa otra palabra, «*Leiche*».

La concepción hebrea de alma, «*nefes*», concebida a partir de la idea de soplo o hálito, coincide con la griega de «*psijé*» (soplo, hálito, aliento vital, vida, alma, espíritu, mente, persona). Los conceptos fundamentales se abstraen a partir de realidades materiales, concretas. Después pueden asumir un sentido espiritual. Así, la identificación del alma como realidad espiritual se manifiesta en el término hebreo para espíritu, «*ruah*» (soplo, viento) y en el griego «*pneuma*» (soplo, viento, aliento, vida, espíritu, alma). La noción de espíritu («*ruah*», «*pneuma*») converge de lleno con la de alma («*nefes*» y «*psijé*»). *En el hombre «espíritu» y «alma» equivalen. Ella es inaprehensible, irreductible, sutilísima, creativa, libre, como el viento y su soplo, como el aire.* Es inspiración, razón creativa. Todas las palabras, que, como manifestaciones del alma humana tienen su alma, son creación, poesía, metáfora. Lo estamos viendo.

La misma noción latina de que somos «*animales*», supone que nuestros cuerpos tienen ánima, son con alma. La notable diferencia del animal humano es que su ánima es racional. El ánimo es un estado humano, más o menos pasajero. Se puede estar animado o desanimado. En cambio, *el ánimo* se concibe como algo esencial, permanente. El cuerpo humano es un ser animado, con alma, vida propia, sutil, inaprehensible. El cuerpo humano representa el ser humano completo, pero no es todo el ser humano. El mismo cuerpo humano entraña algo más que cuerpo. De ahí la paradoja subrayada: «*corpus*» y «*soma*» pueden decir «*cadáver*», cuerpo a secas, pero también dicen «*alma*» y «*cuerpo con vida*». La vida humana es irreducible al funcionamiento automático de unas vísceras. El «*homo*» es «*ánima*». *La sabiduría de las lenguas excluye tanto el materialismo como el espiritualismo. Comprende al humano como unidad plenamente corporal y espiritual a un tiempo.* La unidad se resalta en que basta nombrar una de las dos dimensiones para dar por supuesta la otra.

La irreductibilidad de una y otra se palpa en la persistencia de ambos conceptos con sus correspondientes rasgos, y en la posibilidad de concebirlos por separado, respectivamente como cadáver o como soplo. Pero el ser humano es mucho más que cadáver o soplo.

La convergencia entre nuestras raíces culturales semita (judía) e indoeuropeas (grecorromana y germánica) apunta a una concepción transcultural, posiblemente universal: *la del cuerpo humano como sustancia orgánica, animada, viva, rica y capital por su significado e interioridad, inseparable de su categoría personal*. Tal es su dignidad.

3) Lo Centáurico del Cuerpo

3.1) Dualidad en la Unidad del Microcosmos Humano

El cuerpo humano es el más plural y el más unitario de los cuerpos. No en vano ya los griegos decían de él que es un microcosmos. «Cosmos» no indica «un orden cualquiera» o simplemente «mundo». También incluye en primer plano la idea de belleza, de belleza proporcionada y global. En tal sentido, *el singular microcosmos humano es una síntesis hermosamente ordenada del universo*. El cuerpo humano es átomo y molécula, es célula, órgano y sistema vivo, es psíquico y social, y se plantea su transcendencia. Es la cumbre de lo natural y aún aspira a algo más alto. Con Teilhard de Chardin o con Laín Entralgo podemos decir: «el cuerpo humano es la estructura más «elevada» y compleja en la evolución del cosmos»¹.

La transcendencia que busca el hombre desde su cuerpo, es, en primer lugar, la de superar lo particular de cada circunstancia y los límites a los justos deseos humanos. El hombre busca un sentido y una justicia globales para cada vida humana. En esta línea, *el sentido y la justicia llegan a reclamar una superación o transcendencia de la muerte y una plenitud ilimitada*. Por eso, desde la prehistoria, el humano se entierra ritualmente y su muerte es un gran motivo de culto y cultura. Toda cultura auténtica es desarrollo y celebración de la vida humana y una conjuración de la muerte. De hecho, no merece el nombre de «cultura» ni de «bioética» la denominada «cultura o bioética de la muerte»: la propagación de justificaciones para diezmar categorías de seres humanos considerados inferiores o problemáticos, ya sea desde planteamientos racistas, xenófobos, machistas, capitalistas o eugenésicos.

Por lo dicho, se justifica ya el adjetivo «centáurico» para el hombre: es un microcosmos que aúna calidades y órdenes de complejidad muy diversos. En su vida teje lo particular y lo universal, lo inmanente y mortal y lo transcendente e inmortal. Claro que, si bien «centáurico» aleja las antropologías uniformistas o reduccionistas (monismos materialistas o espiritualistas), podría malinterpretarse como dualista. Al menos en nuestra mente el apelativo «centáurico» no es más que una metáfora hiperbólica. Expresa nuestra paradójica dualidad, tan rica y sorprendente. Dualidad no tiene por qué ser dualismo,

¹ P. Laín Entralgo, *Alma, cuerpo, persona*, Barcelona, 1998, p. 188. Este autor asienta dicha concepción de cuerpo humano en la de *materia como dinamismo concentrado y estructurado de partículas elementales* (cf. ib., p. 187). Es obvio que la materia es dinámica. Si se quiere, incluso como Heráclito la propuso: en incesante movimiento de alternancia de opuestos y atravesada por el logos o razón universal. Tal dínamis o energía intrínseca de la materia es, en definitiva, el acto del que nos habló Aristóteles. La idea de las partículas elementales ordenadas es otro descubrimiento presocrático.

que extrema la contraposición dentro de una dualidad. El propio esquema corporal es dual: dos piernas, dos brazos, dos pulmones, dos ojos, dos hemisferios cerebrales, etc.² La sexualidad humana también se basa en la complementariedad de los dos sexos. Alcanza un sentido trascendente y no es meramente reproductora e instintiva. Algo de ambos sexos hay en cada uno de nosotros, sin perjuicio del neto predominio de uno de los dos, en virtud de la correspondencia entre cuerpo e identidad psíquica. *Somos duales, paradójica y admirablemente duales y, a la vez, admirablemente unitarios*. Veamos más motivos de nuestra dualidad unitaria.

Mucho se ha escrito sobre la relación entre arte y ciencia. El positivismo y los neopositivismos en curso, entendiendo nada de arte y poco de ciencia, los han separado en exceso. Otro lamentable dualismo. *El cuerpo humano entraña un caso excelso en cuanto a conjugar en grado superlativo tanto lo artístico como lo científico*. No sólo por el hecho de que el científico y el artista es un sujeto humano. También porque la constitución y el funcionamiento del cuerpo humano representan una fuente inagotable de belleza artística y de desafíos para las diversas ciencias humanas. A la postre todas ellas son psicósomáticas. Artes y ciencias no caminan por vías irreconciliables en torno al hombre. La ciencia sobre el cuerpo humano descubre el orden espléndido, la belleza o cosmos del mismo. El arte nos hace comprender mejor las virtualidades de nuestro cuerpo, sus posibilidades contemplativas o enfoques. La ciencia intenta apurar los aspectos más objetivos, mientras que el arte se distingue por recrearse en los más subjetivos. Por su radicalidad la filosofía ha sido el saber que con menor pudor ha acogido indistintamente entre sus filas a poetas y místicos y a tratadistas de científico rigor «more geométrico». Para conocer y contemplar bien el cuerpo humano se necesita tanto un poeta, un pintor o un bailarín como un biólogo, un psicólogo, un paleontólogo o un etnólogo. El arte contiene una antropología imprescindible, ya cultural ya filosófica.

Precisamente, en aras de tal conjunción artístico-científica se ha presentado en Londres la exposición «Cuerpos Espectaculares», con más de trescientas obras de arte en torno a temas anatómicos y al rostro como clave psicológica (cf. Magazine «La Razón», Madrid, 26-11-2000, p. 25). Vemos, pues, que si algo poco agraciado tiene el símil del centauro, aparte de la posible malinterpretación dualista, es su impresión de fealdad y heterogeneidad abigarrada, monstruosa. En realidad, *el cuerpo humano, todo cuerpo humano, es belleza. Su auténtica belleza, no la de pasarelas y modas, manifiesta su dignidad*. Y lo principal de tal belleza estriba en el concierto de sus partes o subsistemas y en su compenetración íntima con su alma.

² Es evidente que no todo es simétrico, pues hay órganos o sistemas únicos. El cerebro lo es, aunque conste de dos partes bien diferenciadas. El corazón también tiene dos áreas principales y cierta simetría. El elemento más acabado de unidad es la columna vertebral. En torno a ella se distribuye *nuestro esquema dual*. En todo caso, los órganos únicos son índice de *nuestra unidad*, que también afirmamos. Examinada con detenimiento, es bastante arbitraria la llamada «ley de Bichat»: «todos los órganos que nos ponen en relación con el mundo exterior y todos aquellos que tienen como finalidad perpetuar la vida de la especie son simétricos; los que tienen como fin asegurar la vida del individuo no lo son» (en E. Ortega y otros, *Enciclopedia General del Ejercicio, El Cuerpo Humano*, vol. 1, Barcelona, 1990, p. 19). Los riñones o los pulmones de algún modo nos relacionan al recoger elementos externos, pero igualmente tienen por fin asegurar la vida del individuo. Por lo demás, es interesante la observación que en una página anterior de la obra citada encontramos sobre «anatomía filosófica», esto es, sobre el sentido o finalidad que los anatomistas señalan en los órganos y estructuras.

El cuerpo humano es individual clara y distintamente. Es lo propio de todo tipo de cuerpo. Además, cada cuerpo humano es uno y único³. Así es desde sus bases biológicas. Después logra grandes cotas de unicidad gracias a la inteligencia creativa. *Por nuestros cuerpos somos, pues, muy individualizados. Mas también es peculiar del cuerpo humano su profunda socialidad, sobre todo ontogenética.* Como otros seres vivos, el cuerpo del hombre es resultado de una común evolución filogenética de millones de años. Ahora, la historia propia de cada individuo humano se ve moldeada por un particular influjo geográfico, familiar y social. Éste llega a ser distinto en cada uno en función de la recepción de dicho influjo por parte de cada cual. Así, en interacción, se sintetiza lo social y lo individual del cuerpo humano. Cada uno de nuestros cuerpos humanos es él mismo y a la vez un co-cuerpo. Está destinado a vivir «hombro con hombro», a ser «uña y carne» y hasta «carne de la misma carne» procreando la carne de terceros. Cada uno de nosotros está llamado a «incorporarse» a un cuerpo social, que no es un Leviathan, pero que tiene cierta organicidad, superior a una agregación o yuxtaposición de individuos.

En suma, nuestro cuerpo es altamente social e individual al unísono. *Somos los animales, los cuerpos, que en más alto grado combinan lo social y lo individual.* Los demás «bichos» unilateralmente son gregarios o bien sociales al mínimo. Si no mantenemos el equilibrio, caemos en uno de los alienantes colectivismos (el hombre como animal de granja) o individualismos (el hombre como animal silvestre y errático).

La más debatida y paradójica dualidad de nuestro centáurico «cuerpecito» es *la relación entre cuerpo y alma.* Hoy predomina una formulación que favorece cierta cercanía al positivismo: la de *mente-cerebro* o *mente-cuerpo*. Aparece como nuevo planteamiento. En realidad, en las raíces ancestrales de nuestros idiomas el hombre ya se ha descubierto como «homo sapiens» u «homo mentalis». Las raíces de «humano» y de «mente» son la misma: «homo» (hominis), «mens», «man», «mind», «meinen» (pensar, opinar). Parten de la noción de permanencia: «maneo», «mneme» (memoria). La mente, representativa del hombre, es enfoque, fijación de la inteligencia en algo. La mente «agarra» intelectualmente los objetos, como la mano (idéntica raíz) agarra materialmente. El hombre es mente y la mente es permanencia. No es que la mente se reduzca a cuerpo o cerebro. *El hombre es, en sentido específico, mente.* La mente es la mano de su espíritu. Su permanencia ante las cosas.

Esto es así, pero no olvidemos que la mente y nuestra permanencia ante las cosas son también corporales. Aunque la mente no sea nuestro cuerpo, *es* de nuestro cuerpo. *El cuerpo humano es mental, animado intelectualmente.* Dicho del hombre, dicho del cuerpo del hombre.

Para salvar lo obvio, el cuerpo, ciertas posturas que debaten desde la «nueva» formulación, recurren a *reduccionismos zoológicos o cibernéticos de la mente.* Ésta les resulta simple función del cerebro, que sería lo contante y sonante. La mente sería un mero

³ *Los gemelos monocigóticos*, de los que se afirma «la gran semejanza de sus grupos sanguíneos, impresiones digitales, sexo y aspecto externo,...» (Langman y Sadler, *Embriología médica*, México, 1998, p. 109), se diferencian en interacción con el ambiente. La posibilidad de división embrionaria en varios individuos antes de la implantación uterina no niega en absoluto que el embrión sea hasta entonces individuo. El embrión no es un órgano o una parte de un todo individual, sino un individuo biológico en propio proceso de crecimiento. *Siendo «un» embrión humano, un individuo humano, en estado que sea de cigoto, mórula o blastocisto, es un individuo, si bien todavía pueda dar lugar a un segundo individuo.*

enfoque, una opinión, como parecen indicar las acepciones de «mind» (mente, opinión). Del alma, según algunos, ni hablemos. Les parece un concepto residual del pasado, propio de románticos o de teólogos.

Lo que hay que distinguir, es la mente como entidad (dispositivo o capacidad cognoscitiva consciente y permanente, propia de los no dementes) y como estado (opinión). Tales son las dos acepciones del inglés «mind» (también en español). *La consistencia ontológica de la mente como entidad recupera la más amplia importancia del alma.* La mente por sí sola como realidad espiritual, cubre únicamente lo intelectual del alma. Casi lo único que ha interesado a los susodichos reduccionistas. Pero lo irreducible a cuerpo en el hombre, el espíritu, es más que mera inteligencia. Es asimismo pasión y sentimiento.

Si hemos dicho que el hombre es mente, «a fortiori» diremos que *el hombre es alma.* Mas no en el sentido dualista de Platón o Descartes. Cuerpo y alma no son entidades ni contradictorias ni incompatibles. En el hombre son vitalmente inseparables. Con la misma intensidad sostenemos que *el hombre es cuerpo, específicamente un cuerpo uno y único. El cuerpo es tan digno como el alma, ya que ambos participan de la misma dignidad, la dignidad humana.*

Del alma ya nos hemos ocupado al estudiar las palabras del cuerpo. Tuvimos que ocuparnos de las palabras del alma. ¿Cómo hablar en profundidad del cuerpo sin hablar del alma? Se ha intentado reducir las ciencias humanas a los métodos y premisas de las ciencias de lo material o físico-biológicas. Dada nuestra constitución psicossomática, algunos señeros avances se han cosechado por tal vía, pero *la total reducción se revela definitivamente imposible. El espíritu, o el alma como unidad espiritual del individuo humano, es de otro orden, aunque, por supuesto, tan de este mundo como el cuerpo.* La sabiduría de las lenguas mostraba su intuición a la vez unitaria y dual sobre el hombre: *somos cuerpos con alma, almas con cuerpos, cuerpos espirituales, espíritus encarnados.* No estamos contraponiendo cuerpo y alma, sino la visión de un cuerpo «desalmado» frente a la de un cuerpo radicalmente «almado». En el cuarto apartado abundaremos, desde una perspectiva histórica, en el debate sobre la cuestión alma-cuerpo.

3.2) *El Cuerpo Genético es el Cuerpo de la Libertad*

Hemos presentado la dualidad humana, su pareja de dimensiones, desde varias perspectivas o ejes. Todas ellas mantienen una armoniosa tensión y apuntan a *un singular crecimiento y un delicado equilibrio.* Han sido *el equilibrio unitario entre lo particular y lo universal, lo inmanente y mortal y lo trascendente e inmortal, lo científico y lo artístico, lo individual y lo social, y lo corporal y lo espiritual.* Resta un eje o perspectiva complementaria de las anteriores: *somos cuerpo genético y cuerpo libre.* Siendo la libertad el distintivo de nuestro ser persona, estamos diciendo que *el cuerpo genético humano es el cuerpo de la persona humana.* Retomamos así la clásica cuestión de la relación antropológica entre *naturaleza y libertad o naturaleza e historia.* ¿No somos primates con alas?

En efecto, por un lado, desde nuestra fecundación o concepción personal somos humanos en crecimiento autónomo. Por otro lado, con tal crecimiento nos vamos haciendo libres, vamos desplegando nuestra humanidad. El cuerpo genéticamente dado es la base y la primera presencia del cuerpo de la libertad. *El cuerpo genético es el mismo*

que el de nuestra libertad, aquél en el que más claramente se revela nuestro espíritu y dignidad. Entenderlos como realidades distintas representa un dualismo esquizofrénico. Nuestra libertad siempre es un crecer abierto. Primero se prepara o incuba desde una base genética y somática. Luego llega a desplegarse en un abanico espléndido de posibilidades. *El cuerpo humano arranca como humano genético y llega hasta humano genial*. Es el mismo cuerpo, el mismo ser humano, en diferentes estados o etapas.

El cuerpo presente ya con toda su dotación genética humana posee su crecimiento autónomo propio de un humano. Es un cuerpo humano, es un ser humano. No importa que al principio no tenga visible forma humana. *No es un ser humano en potencia, sino un ser humano con muchas potencias*. Es todo humano y un humano todo, si bien no tenga todo lo humano desarrollado. Negarlo es adolecer de cierto espiritualismo de la libertad. En lo humano nunca estamos desarrollados del todo, ya sea en lo corporal o en lo espiritual. No disponemos sólo de cierta libertad de movimiento en nuestros cuerpos, sino que éstos participan progresivamente de una profunda y exclusiva experiencia de libertad.

Ahora, si bien no hemos de separar o diferenciar esencialmente el cuerpo genético y el de la libertad, tampoco cabe confundir ambos planos dentro del mismo y único ser humano. Con algunos primates compartimos hasta un 98,4% de la dotación genética. Pero, sin negar los parecidos, ¡cuán grande es y puede llegar a ser nuestra diferencia!⁴. La diferencia clave estriba en la libertad, en que nuestros cuerpos humanos son libres. *Tal es nuestra particular dignidad, la de ser cuerpos de libertad, esté o no desarrollada, esté o no impedida*. La dualidad o distinción entre genética y libertad es bien armónica. Se distinguen, pero no se separan: la genética humana es base de nuestra libertad. La libertad es imposible para la genética del chimpancé.

En el humano, contra lo que se ha dicho, naturaleza y libertad o naturaleza e historia no se oponen. Antes bien, *nuestra propia naturaleza es libre*, en sentido dinámico de desarrollo hacia y en la libertad. Y nuestra libertad se apoya en nuestra naturaleza, nuestra identidad. El cuerpo humano no carece de naturaleza, una naturaleza animal. Pero esta naturaleza no se agota en lo comúnmente animal, sino que es libre. Nuestra naturaleza es también y sobre todo libertad. Ahora bien, su indeterminación no es una pobreza de recursos. Por el contrario, la naturaleza humana, por ser libre, es la que posee más posibilidades. De ahí que el cuerpo humano se distinga por el incomparable número de posibilidades abiertas a la creatividad del mismo.

La dualidad entre genética y libertad, dualidad que no se rompe en un dualismo, es manifiesta también en nuestra sexuación. Desde que somos concebidos, antes de la implantación, se define nuestro sexo. Mas nuestra sexualidad no acaba en nuestra definición genética, luego expresada en instintos. Nuestra sexualidad también se desarrolla y «vuela» en libertad. Forma parte indispensable de nuestro ser libres. Por ello, se distingue por inteligente,

⁴ Jürgen Neffe («Der Spiegel», nº 35, 2000, p. 212-225) tituló un reportaje sobre los antropoides «Geschwister im Geiste», «Hermanos en Espíritu». Tal vez en pro del sensacionalismo periodístico. Es dudoso que se sientan «hermanos» de los primates el periodista o los teóricos como Peter Singer que claman por los derechos humanos de los no humanos (primates), mientras los niegan a muchos seres humanos (fetos humanos o enfermos en coma duradero). Podemos decirnos «hermanos» en el sentido en que Francisco de Asís hablaba incluso del «hermano lobo» o de la «hermana luna». Pero tanto si traducimos «Geist» por «espíritu» como por «inteligencia» o «mente» (manifestación esencial del espíritu), *no podemos decirnos propiamente «hermanos» de los simios. Lo que hay que rescatar, es la fraternidad humana, sin exclusiones. Somos hermanos de cuerpo y, como humanidad, formamos un solo cuerpo*.

responsable y creativa. Si se ancla en lo meramente instintivo, se mutila, se castra, y se desintegra respecto del resto de la corporeidad.

Nuestro cuerpo es un ser itinerante. Pasa de estado en estado permaneciendo el mismo, el mismo ser humano personal. Su camino es el más amplio, desde el estado de cigoto hasta el de sabio anciano, *del gen a la genialidad*. Lo centáurico del cuerpo humano tiene tal sentido andariego. *Como cuerpo personal, llamado a la libertad, somos concebidos, nacemos y nos hacemos. Somos nuestro cuerpo, un cuerpo dinámico, itinerante hacia la libertad*. No simplemente «tenemos un cuerpo». El cuerpo que somos, surge con su plena realidad y dignidad humana, mas es el menos determinado en sus posibilidades particulares. Todavía al nacer somos la criatura más indefensa e inacabada. Mas al crecer nuestras facultades crecen como las de ningún otro ser. Al crecer desbordamos lo animal y mostramos la libertad y personidad para la que somos concebidos. El escaso dos por ciento que distingue definitivamente nuestra genética, constituye el punto de inflexión desde el que crecemos hacia una libertad creciente.

4) Lo Cultural del Cuerpo

4.1) El Cuerpo, Lugar Ecuménico de las Culturas

En nuestra filosofía del cuerpo hay que considerar incluso lo que no es filosofía, es decir, lo que no es universal en el ser humano. El cuerpo humano es sujeto y objeto de cultivo, de la libre creatividad comunitaria e intergeneracional que llamamos «cultura». El cuerpo humano es uno, como una es su libertad y su dignidad. Pero *las culturas o formas de vivir el cuerpo humano, con su libertad y dignidad, son diversas*.

Tal diversidad puede captarse como inmensa, si atendemos a detalles o a cualquier diferencia. Así, podemos hablar de miles y miles de culturas en el planeta y a lo largo de la historia. La ramificación puede llegar hasta el individuo, que adapta a sí la cultura en la que vive. Se habla incluso de individuos con más o menos «cultura». Ocurre igual con los idiomas. Pero, si enfocamos más lo común, podemos agrupar las culturas. Esto nos permitirá una contemplación del general proceso histórico de nuestro panorama cultural, dividido en tres fuentes culturales imbricadas. Lo relevante ahora es considerar cómo *el cultivo o cultura del cuerpo puede ofrecer innumerables diferencias, mas sin abandonar unos patrones más generales*. El cultivo del cuerpo tiene algo de lugareño o tribal, pero también es cosmopolita.

Ante la relación entre cuerpo y cultura hemos de reconocer, por un lado, *lo corporal de cada cultura*: cada cultura es básicamente un cultivo del cuerpo humano, por y para el cuerpo humano. De ahí que toda buena educación se asiente en una buena educación física o psicomotriz. Quien no tenga bien asumido su cuerpo, no puede ascender a matemáticas ni a metafísica. Ya lo enseñaba hasta Platón, el supuesto enemigo del cuerpo. Por otro, reconocemos *lo cultural de cada cuerpo*, algo que bien hacen los antropólogos culturales y los sociólogos⁵. Ellos nos describen cómo en las culturas y subculturas se

⁵ Habría que indicar todos los estudiosos de lo humano. Hagamos especial mención de *economistas y médicos*. Ellos, celosos de su «cientificidad», acostumbran creer que sus investigaciones no son productos culturales, sino esencias eternas de verdades comprobadas. No negamos un aspecto de «cientificidad» y objetividad, tal y como suele entenderse hoy. Pero basta comparar la medicina china y la «occidental» para percatarse de lo cultural de

oculta y se muestra el cuerpo, cómo se tratan los cuerpos según la edad, el sexo y otras condiciones. Oímos casos como el de los caníbales de Nueva Guinea Papua, cuyas mujeres y niños comen en señal de respeto el cerebro de los familiares fallecidos. Casos que ponen a prueba el cómodo relativismo cultural hoy tan de moda. En fin, aquí es menester advertir lo corporal de la cultura y lo cultural del cuerpo.

Éste es el hecho primordial sobre cuerpo y cultura. La importancia de tal relación aumenta en ambientes culturales contemporáneos, tan marcados por tendencias empiristas o positivistas: nuestro cuerpo constituye un común punto de partida para las culturas. La realidad y el estatuto del alma y de la mente no están desacreditados, pero son ampliamente discutidos. El cuerpo humano resulta la común dimensión aceptada por todos para acercar las diferentes comprensiones y valoraciones sobre el ser humano. Incluso los espiritualistas, aun restándole importancia y entidad, no pueden negarle su existencia y relevancia en la vida humana. Por tanto, afirmamos *el cuerpo humano, el que gesticula, contempla y canta, como el lugar ecuménico de todas las culturas*. A título de ejemplo, digamos que pocas experiencias son más universales para todas las culturas que las Olimpiadas, el espectáculo universal de los cuerpos.

En particular, también para las antropologías el cuerpo ofrece un área sobre el que todas tienen algo que exponer, aunque sea discrepando. *En torno al cuerpo se definen todas las antropologías, ya sean las populares o culturales, o las de los estudiosos*. Advertimos que en cualquier rama de humanidades todo investigador parte de una concepción antropológica general más o menos consciente, aunque no considere trabajar en antropología filosófica.

4.2) El Cuerpo en las Grandes Fuentes Culturales de la Historia

La base de las concepciones culturales del cuerpo humano ya ha sido anticipada en nuestro estudio de *las palabras del cuerpo*. Urgió saber con qué palabras contábamos. Primero, las culturas las conciben. Luego sus pensadores más insignes, anónimos o conocidos, elaboran con ellas diferentes teorías. Ahora avancemos en las diversas concepciones culturales sobre el cuerpo.

No es éste el lugar de exponer una historia del pensamiento y de las culturas en torno al cuerpo humano. Pero hemos de abrir del todo la perspectiva histórica de la cuestión. Para ello, elegimos tres encrucijadas cardinales en nuestro panorama histórico y cultural: *la Grecia pagana, el cristianismo y el postcristianismo*⁶. Como dijimos, se trata de tres fuentes

la medicina. Y la economía autocalificada en nuestro siglo como la única «científica», responde en gran parte a interesados planteamientos ideológicos. Primero sacaron pecho los del «socialismo científico». Ahora no hay quien tosa en sus cátedras a los neoliberales del vetusto capitalismo de siempre. Conste, en todo caso, que no es un descrédito ser creador de cultura. *Científicamente cabe por diversos caminos culturales curar los cuerpos y administrar los bienes para el cuerpo*.

⁶ Por nuestra inmensa admiración hacia el mundo clásico, el adjetivo «pagana» no entraña para nosotros un sentido peyorativo. «Grecia», sin más, resulta ambiguo. «Grecia clásica» podría reducirse a la época dorada de Atenas. «Grecia antigua» excluiría a los pensadores judíos y cristianos antiguos de cultura helénica. Al decir «cristianismo», no se identifica con una época histórica. La vida cristiana, surgida con Jesús de Nazaret, no es una época histórica, no es una «cristiandad». Es para toda época histórica, incluso con efecto retroactivo. Decir «postcristiano» no es dar por finiquitado el cristianismo. Es reconocer un ámbito cultural de países consumistas que en parte surge por oposición al cristianismo, pero que en parte sigue algunos de los principales esquemas cristianos. Esto es, un ámbito

culturales imbricadas. Las dos primeras merecen ya el nombre de milenarias. Veámoslas en su respectivo significado global.

El mundo helénico encontró en el cuerpo humano la gran belleza, interior y exterior. La reflejó en sus obras de arte. La belleza exterior del hombre, como pórtico de la interior. Y toda la belleza humana, como ejemplo eximio de la belleza universal. Bien, belleza, verdad se identifican en la profunda y sensible mente griega. «Kalós» («bello») y «agazós» («bueno») eran dos adjetivos habitualmente unidos. La verdad suprema versaba sobre ellos. Para los helenos todo era «cosmos», orden espléndido, proporción, armonía. Esto no se confundía con una cándida visión del «mejor de los mundos posibles». Pero hasta el mismo caos venía integrado en pro de la creatividad del universo. Lo destruido daba pie cíclicamente a una nueva regeneración, como se aprecia en los relatos presocráticos.

El sumo y bello orden del universo se regía por dos factores humanos convergentes: por su intensa racionalidad manifiesta, por su «logos»; y por su vitalidad propia, por su alma o «psijé». Todo respondía al mayor y más espléndido orden, el de la vida. Ésta se tomaba en su modelo más acabado, el de la vida del cuerpo humano, protagonizada por el alma racional o «nous». Podríamos decir que es una cosmovisión antropomórfica o antropocéntrica, con un talante de optimismo intelectualista y vitalista. A su vez, el hombre venía concebido inmerso en el orden natural, pues en éste se incluían hasta los mismos dioses. En suma, *para los hijos de Zeus el cuerpo, y según su modelo todo lo demás, era psíquico o animado y racionalmente bellísimo por naturaleza.*

La cumbre de esta antropología intelectualista, animista, estética y naturalista del cuerpo es el más creativo e influyente de los pensadores y artistas griegos, Platón. En sus páginas aprendemos que la realidad toda está dominada por el bien, íntimamente vinculado a la belleza y a la justicia. La ética más elevada se identifica con la más alta estética. Y no olvidemos que tal bien y belleza supremas son Ideas, formas puramente inteligibles, pura esencia de verdad y vida.

Es simplista la acusación manida de que Platón desprecia el cuerpo y lo material. Los comentaristas del ateniense suelen olvidar que sus textos son obras literarias y didácticas, que deben interpretarse de acuerdo con diversos géneros literarios. La lectura literalista ha oscurecido la sutileza de la enseñanza platónica sobre el cuerpo y otras realidades. Las expresiones rebajadoras de lo somático son hipérbolas que al comparar lo corporal y lo espiritual, procuran resaltar la supremacía de lo espiritual en tanto que racional (por ej., cf. Fedón, 66B-E). No olvidemos que para Platón el orden material está plasmado por el mejor de los artistas divinos y según el mejor modelo, las Ideas. De ahí que declare el cosmos material «dios sensible, máximo y óptimo, bellísimo y perfectísimo,...uno y unigénito» (Timeo, 92C). Recordemos su recomendación de introducir en la educación la gimnasia (cf. República, 504D). Tampoco desechemos en el ascenso hacia la belleza en sí el primer paso, el de captar la belleza de un cuerpo (cf. Banquete, 210 A-B). Es el mismo Platón que sabe apreciar los placeres combinados con el conocimiento (cf. Filebo, 61B). No se da un cambio substantivo de posición de

que en profundidad sólo se entiende desde el cristianismo, aunque también haya otros factores importantes. En conjunto, este esquema tripartito no responde a una comprensión confesional o devocional. Por supuesto, es falible y criticable, pero igualmente tiene su sostén racional. Conlleva la comprensión, aún no muy difundida, de *la crucial repercusión cultural que el cristianismo, que Jesús, representa en la historia de toda la humanidad: la definitiva y plena conciencia de la realidad sobrenatural humana, que exalta su libertad y su dignidad naturales.*

unas obras a otras, sino una modificación o evolución en el acento o perspectiva pedagógica. Ambas perspectivas, la que enfatiza la armonía y la que enfatiza posibles desavenencias entre cuerpo y alma, llegan a conjugarse en una misma obra, caso del diálogo de madurez «República». Lo que nos viene a decir el maestro de la Academia, es que hay algo muy grande en lo corporal que no se agota en lo corporal. Por tanto, *para Platón el cuerpo tiene un gran valor y belleza, mas sólo en tanto que supeditado al alma*. Al fin y al cabo él no superará la muerte.

La dignidad del cuerpo se eleva, trasciende, con todo lo que en esencia es el cristianismo, desde su misma raíz judía. Si se mira bien, el cristianismo, religión de la Encarnación, puede definirse como *la religión del cuerpo*, sobre todo en su núcleo católico o universal. Las religiones se distinguen por el cultivo intenso de una espiritualidad. Ésta corresponde a la espiritualidad más o menos refinada de lo divino, que queda en algún más allá. *El cristianismo también exalta lo espiritual, pero igualmente exalta lo material y corporal como ninguna otra religión o filosofía*. Con independencia de su veracidad, ninguna otra doctrina filosófica o teológica, ninguna otra forma de vida concede tamaños honores al cuerpo humano, que alcanza la divinización. Resumamos la íntima corporeidad del judeo-cristianismo.

El universo comienza con la creación personalizada del *Cuerpo Cósmico*, donde se inserta *el Cuerpo Humano*. El individuo humano, el Adam o la Eva, es un cuerpo. La humanidad forma un cuerpo fraterno que poco a poco se descubre a sí mismo. Después, la creación se personalizó más con la elección de *un Cuerpo Histórico*: el pueblo judío. Con él, a través de Abraham y Moisés, el Creador estableció una alianza, a la postre preparatoria. Por fin, llegó la creación, la elección y la alianza definitiva y más personalizada. En ella el propio Creador se hace criatura, *un Cuerpo Humano y Divino*. Es la Encarnación de Dios dentro del *cuerpo de María*: Jesucristo. Él compartió con nosotros lo corporal, desde lo más humilde. En el momento cumbre de su Pasión se elevó en un signo eminentemente físico, el de *la Cruz*, donde expuso todo su cuerpo desnudo y sangrante. Poco antes prefiguró este momento entregándonos para siempre su *Cuerpo Sacramentado* en el sacrificio eucarístico. En él sigue realmente presente entre y dentro de nosotros con su cuerpo y su alma. La presencia de Jesús, que es Palabra, también se da especialmente en la Palabra de *la Escritura*. Conforme al esquema encarnacionista, es Palabra de Dios y palabra del hombre a la vez. De ahí, una consistencia terrena mayor que la de las otras revelaciones. En *los cuerpos de los pobres y pequeños* la presencia de Jesús es eminente y también muy terrena. *El mismo Juicio Final se centra en la Justicia Corporal con los Necesitados* (cf. Mt. 25, 31-46). Él todo lo consumió en *la Resurrección Gloriosa de su Cuerpo*, modelo de la resurrección corporal a la que todos son llamados. El propio Jesús «materializó» su comunidad de amigos y seguidores, su nuevo y universal pueblo, eligiendo y estableciendo *la Jerarquía Sacerdotal Apostólica* a partir de los doce apóstoles. La situó en torno a la unificadora figura visible de *Pedro* y sus sucesores. Resulta así una Iglesia tan espiritual y carismática como corporal y visible. Una Iglesia que es *Cuerpo Místico* donde Cristo es la cabeza. En ella nuestros cuerpos quedan transformados en *Templos del Espíritu*, en espera del último día. Entonces *Jesús volverá a hacerse corporal y visiblemente presente glorificando toda la creación corporal, «un nuevo cielo y una nueva tierra»* (Apoc. 21, 1).

Todo esto será para unos un simple mito. Para otros, una profundísima verdad poética que brilla por sí misma. En uno y otro caso, es innegable el sublime y realista valor otorgado por el cristianismo a lo material, especialmente al cuerpo humano. Así pues, en el cristianismo auténtico tanto hay que descartar los materialismos cosificadores y monetaristas, como los espiritualismos desencarnados, milagrosos y autocomplacientes. Aunque sociológicamente fundadas, han sido injustas las críticas vertidas contra la esencia del cristianismo por su supuesta desconexión de la praxis liberadora y del valor de lo corporal e instintivo. Los Feuerbach, los Nietzsche y demás desconocían profundamente el cristianismo. En parte, lo denigraban y, en parte, lo predicaban. *Toda la ética cristiana es una ética de encarnación*. Ser cristiano consiste en encarnarse con Cristo en los problemas de la humanidad doliente, empezando por los más olvidados y oprimidos. No se trata sólo de «ayudar», sino de compartir vidas. Lleva a un cuerpo a cuerpo con los problemas de los indefensos. A este respecto, no han escaseado manipulaciones teóricas y prácticas surgidas incluso entre miembros de la Iglesia. Pero *nunca ha faltado un amplio testimonio de la moral cristiana del amor sin límites encarnado sin límites*.

Hoy padecemos la *exaltación materialista del cuerpo*, propia de sociedades consumistas. Sólo se aprecian y llegan a idolatrar ciertas medidas o aspectos corporales, mientras se discriminan otros. Se favorecen políticas eugenéticas. Lo decisivo es tener hijos «deseados», cómo y cuándo se desean, hijos a la carta, instrumentos de la propia satisfacción. Cualquier medio de selección es empleado, incluso el aborto. Se provoca todo tipo de desequilibrios psicossomáticos, a veces portadores de enfermedades como la anorexia y la bulimia. Bien diferente es la *exaltación espiritual del cuerpo*, propia de la religión que diviniza el cuerpo porque Dios se ha hecho cuerpo. El cuerpo humano es cuerpo de hijo de Dios, a través del cuerpo del Hijo. La vida humana se acoge como fin en sí misma. Un hijo es un don y una responsabilidad, no un mero objeto de deseo. Tan alta valoración del cuerpo espiritual merecería incluso el apelativo de «materialismo espiritual», frente al romo materialismo cosificador anterior.

Así, *valorando todo cuerpo humano por sí mismo, como fin en sí, se comprende la dignidad de todo cuerpo humano*. Esta básica concepción la sostienen también innumerables personas no cristianas, de las más diferentes religiones y filosofías de vida. *Se trata de una verdad natural, de razón*. No es preciso que una persona se adhiera al cristianismo para reconocerse a sí misma y apreciar la dignidad de su cuerpo y de todos los cuerpos humanos. Es elemental ejercicio de autoestima hacia lo que básicamente somos como cuerpos humanos. Al igual que en tantos aspectos, lo que hace el cristianismo, es recuperar y elevar lo más humano y natural a lo sobrenatural. La vida cristiana se comprende a sí misma como la máxima expresión de lo humano, pero no como la única. Para toda la humanidad la visión cristiana de la dignidad suprema del cuerpo humano es un magnífico lugar ecuménico del valor del cuerpo. Desde este máximo respeto común muchas religiones, culturas y doctrinas pueden enriquecer la valoración del cuerpo. Baste pensar, por ejemplo, en la contribución del yoga o del zen.

Del *postcristianismo* podríamos presentar muchas corrientes, dada su tendencia a la escisión y la ramificación, no siempre por auténticas novedades. Es difícil precisar su aparición, pues brota de las mismas entrañas del pensamiento cristiano. En un principio cuesta distinguirlo. Parece incluso un movimiento de renovación cristiana. Sólo a posteriori se percibe bien su repercusión. Para empezar, podemos decir que abarca la llamada «filosofía moderna», a partir del racionalismo y el empirismo del XVII, y la hoy

denominada «postmodernidad». Ésta es un derivado de las tendencias empiristas y escépticas de la modernidad.

En realidad, filosofía moderna es toda la que se crea en los siglos de la nueva era. Comienza con los renacentistas y los escolásticos modernos como Suárez y Vitoria, impulsores del derecho internacional y la ética cosmopolita. En general, estos autores son marginados en los elencos dominantes de la «filosofía moderna». Quizás por no representar el postcristianismo. Lo cierto es que las raíces de la «filosofía moderna» oficial se remontan a fines del Medievo y a planteamientos más bien teológicos: a Occam y su seguidor Lutero. En estos autores ya se asume una escisión clave: entre fe y razón. *El escisionismo se reproducirá a partir de Descartes entre alma y cuerpo, entre razón y sentidos y, de nuevo, entre razón y fe. Se abre, así, un desfile de unilateralidades: racionalistas e idealistas, empiristas y positivistas, fideístas, espiritualistas, materialistas, etc.* Después, cualquier intento de equilibrio viene condenado sin más al infierno de los dualismos.

Nos detenemos en una corriente que en especial contrasta con la griega y la cristiana: la materialista. En Grecia ya hay autores señeros que lo explican todo en términos materiales. Por ejemplo, los presocráticos o los estoicos. Da la impresión de que en su caso es más bien por falta de distinción. Suelen apelar a una materialidad más sutil que representaría lo espiritual. No hacen cuestión ni de afirmar lo material frente a lo espiritual ni de negar lo espiritual. Ahora, desde que el cristianismo, aun dentro de cierto misterio, distinguió y clarificó de forma definitiva la noción de lo espiritual, pudieron aparecer filósofos que negaron con rotundidad lo espiritual. Son *los materialistas, cuya postura queda firmemente establecida desde el ilustrado siglo XVIII*. Surgen como derivante del dilema implícito en el agudo dualismo cartesiano, todavía más pronunciado que el platónico.

Ejemplo acabado es *«El Hombre Máquina» de La Mettrie*. En un alarde simplificador este médico francés reduce a dos los sistemas de los filósofos sobre el alma del hombre: el materialismo y el espiritualismo. Sin mayores argumentos obliga a elegir entre ambos extremos. Sostiene que el alma sólo puede afirmarse por fe en las Escrituras (cf. ídem, Madrid, 1987, pp. 34-39), pero no aclara en qué Escrituras se basaron pensadores como Platón. Cabe plantearse si afirmar el alma espiritual es falso. Pero entonces, sería un error de razón. Es muy cómodo justificar la propia miopía relegando una realidad a materia de fe, tan sólo por el hecho de que también la Biblia la asevere. Como si los demás pensadores no tuvieran presupuestos no probados, de fe.

Lo importante aquí es percatarse de que si no se mantiene el equilibrio dinámico de todas las dimensiones del hombre, se niega al hombre. En los últimos tiempos se nos suele reducir a animales o a máquinas. Aunque se haga con una buena intención de científicidad, se siembra el terreno para la instrumentalización o esclavitud del cuerpo humano. *Si nuestros cuerpos no son más que animales o máquinas, ya se sabe para lo que han servido siempre los animales y las máquinas: para producir y ser explotados servilmente.*

5) Valor y Valores del Cuerpo Humano

Llegamos al capítulo conclusivo. Hemos visto que el valor de nuestro cuerpo no es un valor cualquiera. Merece el rango de dignidad, el de lo excelso y fin en sí. Es excelso y fin en sí lo que discurre en un camino de libertad, el camino de las personas. *Todos nuestros cuerpos humanos son igualmente dignos, pues todos son cuerpos de libertad, esté o*

no desplegada. Ya el cuerpo genético es el de la libertad, el de la persona. Desde nuestro inicio somos cuerpos personales.

Nadie es creador de sí mismo como humano o persona. *Nuestra responsabilidad es humanizarnos y desarrollarnos como lo que ya somos, personas. Si no lo fuéramos ya, desde que nos distinguimos genética y corporalmente de nuestros progenitores, no podríamos humanizarnos como personas.* Pruébese a humanizar o a hacer personas a animales sin una genética, sin una fecundación humana.

Nuestro cuerpo definido genéticamente del todo y en autónomo crecimiento no es una mera condición preliminar, como pueden ser los gametos masculino y femenino por separado. *Ese mismo cuerpo, una vez crecido, madurado, será el que estrechemos en nuestros brazos y el que nos abrazará.*

Como persona el cuerpo humano es fin en sí, pero no sólo para sí, ni sólo por sí mismo. No es sólo por sí mismo, ya que no se crea a sí mismo, sino que es concebido, y porque necesita siempre de los demás. En consecuencia, no es sólo para sí mismo. *Él es co-cuerpo. Encuentra su sentido en ser con y para los demás.* Únicamente siendo para los demás, logra ser para sí mismo. Encerrándose en sí mismo, en un individualismo, se destruye, se desincorpora, se desvanece.

Nuestra primordial relación con nuestro cuerpo y los cuerpos de los demás es la de responsabilidad. Responsabilidad para mantenerlo y mejorarlo en lo posible. No es la de una pretendida posesión absoluta que nos permitiría hacer cualquier cosa con él, hasta maltratarlo o matarlo. Nuestro cuerpo merece un máximo respeto, el que nosotros nos merecemos. Ni nosotros mismos somos quienes para negárnoslo. Acaso física o legalmente podremos hacerlo, pero nunca de modo moral, humanista y racional.

Los muchos valores del cuerpo humano se unifican como la rica pluralidad de su microcosmos. Todas las dualidades armónicas señaladas se funden para ser una sola realidad libre y feliz. Así se funden todos los valores humanos en el valor global de su dignidad. *La unidad de los valores humanos es la dignidad personal del ser humano, sin duda radicada en su cuerpo.* Los valores psicomotrices, procreativos, intelectuales, comunicativos, estéticos, afectivos, morales y religiosos de cada cuerpo humano pueden ser más o menos elevados. Pero todos conforman el valor, la dignidad insuperable de la persona, de nuestros cuerpos personales.

* * *

Pablo López
IES Caballero Bonald
Nuestra Señora del Traspaso, s.n.
11406 Jerez (Cádiz)